



EL COMLOT DEL ARTE. ILUSIÓN Y DESILUSIÓN ESTÉTICAS

Jean Baudrillard

Amorrortu, Buenos Aires, 2007

125 páginas

Reseña por
Alberto Hermida Congosto

Jean Baudrillard es considerado como uno de los teóricos más importantes de la posmodernidad. Autor de textos tan significativos como *Cultura y simulacro*, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar* o *Las estrategias fatales*, destaca sobre todo por su interés en el arte y la cultura visual contemporánea, la forma, los valores estéticos, los medios de comunicación y la sociedad de consumo; así como por su particular visión del universo hiperreal que nos rodea.

En *El complot del arte. Ilusión y desilusión estéticas*, Baudrillard se centra en el estudio de la realidad artística contemporánea y en el contexto visual, publicitario, masivo y de consumo que tanto le influye. En líneas generales, podría resumirse que para él, vivimos en una sociedad en la que predominan las pantallas y las imágenes banales, vacías y superficiales. Unas imágenes tan reales que han perdido el poder de crear ilusión porque ya no hay cabida para el secreto ni para lo oculto. En un mundo que se ha vuelto mercantil y estético, ya todo se muestra excesivamente al detalle; incluso el arte ha perdido su trascendencia, víctima de la extinción de valores generalizada.

Estructuralmente, se trata de un libro que bien podría considerarse como una recopilación de fragmentos. A los dos artículos que componen el marco teórico de la obra ("Ilusión, desilusión estéticas" y "El complot del arte"), les siguen cuatro entrevistas al autor que ayudan a comprender y a profundizar en sus teorías. Gracias a estas variadas perspectivas, el lector consigue una visión global del mensaje que le permite extraer sus propias conclusiones.

En la primera parte se reproduce el artículo "Ilusión, desilusión estéticas", editado inicialmente en *Transeuropéennes*, nº 5, invierno de 1994-1995, seccionado en diversos apartados temáticos de extensión breve. En el primero de ellos, "La ilusión cinematográfica perdida", Baudrillard nos habla de la evolución tecnológica del séptimo arte y analiza cómo tendiendo hacia la alta definición, nos acercamos progresivamente a la "perfección inútil de la imagen" (p. 14). La capacidad de reproducir cada vez con más exactitud la realidad nos priva de ella misma; en lugar de una representación, estamos sufriendo el reemplazo de lo real por su copia visual. "Todo parece programado para la desilusión del espectador; a quien no se le deja más constancia que el de ese exceso de cine que pone fin a toda ilusión cinematográfica" (pp. 13-14). Y lo mismo ocurre con la publicidad, tan propensa a los avances visuales digitales. La sociedad abandona el *menos es más* moderno para perderse en la adición posmoderna, en las pantallas proliferantes, en la suma de significantes: "por no ser ya capaces de afrontar el dominio simbólico de la ausencia, nos sumergimos hoy en la ilusión contraria, ilusión desencantada de la profusión" (p. 17).

En "El arte, ilusión desacerbada", el autor nos ofrece unas pinceladas sobre los simulacros de una pintura-parodia en constante reciclaje y sobre las actuales tendencias cinematográficas que sólo buscan llenar el vacío de las imágenes con barroquismos y tecnología.

Los dos siguientes apartados, "La desencarnación de nuestro mundo" e "Imágenes en las que no hay nada que ver", exploran de nuevo la banalidad de las imágenes que ha ingresado en nuestros hábitos de vida y costumbres. Se reincide en "la orgía de las imágenes" que nos acosan y reemplazan la realidad; en las formas y superficies carentes de profundidad y en la estetización de la vida que la publicidad lleva a cabo.

El artículo continúa con "El objeto, amo del juego". En esta pieza del puzzle, el autor es tajante: "Privadas de su secreto y de su ilusión, todas las cosas están condenadas a la existencia, a la apariencia visible; están condenadas a la publicidad, al hacer-creer, al hacer-ver, al hacer-valer. Nuestro mundo moderno es publicidad por esencia" (p. 32) y más adelante continúa: "La potencia del objeto se abre camino a través de todo el juego de simulación y simulacros, a través del artificio que le hemos impuesto" (p. 33). De esta forma, Baudrillard destaca la importancia creciente del objeto, que desea manifestarse por sí mismo e incluso ser fotografiado. Nada escapa al poder de la imagen y de las pantallas, que más allá de comunicar o informar, luchan por absorber y fascinar al receptor.

"Warhol, introducción al fetichismo" nos acerca un poco más a la idea de simulacro y de producto visual. Recurriendo a Andy Warhol como paradigma del fetichismo y de la sacralización y potencia del signo-mercancía, se expone la gran diferencia que existe entre "la ilusión pura de la técnica" que se conseguía con sus obras y el abuso de "la técnica para producir ilusión" de los videoartistas y creadores de imágenes contemporáneos (p. 38).

Para concluir el artículo, en "Recobrar la ilusión radical", el autor reivindica la necesidad de nuevos "ilusionistas" que recuperen el interés por representar la realidad (en vez de

suplantarla) y que sean capaces de recobrar la ilusión que se ha perdido por el exceso de transparencia.

Una nota de los editores en la página 72 nos aclara parte de las intenciones fundamentales del libro. Según ésta, lo que se pretende es facilitar el acceso generalizado al artículo “El complot del arte” (publicado el 20 de mayo de 1996 en el periódico francés *Libération*) y evitar que un texto que ha tenido tanta relevancia y repercusión internacional quede en el olvido al que son sometidos los ensayos periodísticos.

A través de él, retomamos muchas de las reflexiones vistas en las páginas anteriores, pero adentrándonos en un análisis más centrado en el arte. De nuevo cobran fuerza las imágenes y el desencanto de un mundo que se ha vuelto “hiperrealista”, “transparente” y “publicitario” en exceso. Para Baudrillard, “la esencia de lo pornográfico [esa mostración absoluta que acaba con el deseo] se ha transmitido a todas las técnicas de lo visual y lo televisual” (p. 53). La visibilidad se ha vuelto obscena y la ilusión ha desaparecido hasta de un arte que ya sólo aspira a la nulidad, la insignificancia y la banalidad estética. El arte se ríe de sí mismo y de su propia desaparición y reciclaje perpetuo. Pero el autor, dejando un hueco a la esperanza, se niega a aceptar que tras la máscara superficial del arte no haya nada más y se plantea al finalizar: “La única pregunta es esta: ¿cómo puede una máquina semejante seguir funcionando en medio de la desilusión crítica y del frenesí comercial?” (p. 69).

La última parte del libro, las entrevistas, gira en torno a “El complot del arte” y nos acerca a cuatro conversaciones realmente interesantes. En ellas (“A partir de Andy Warhol” – mayo de 1990; “No siento nostalgia de los valores antiguos estéticos” – junio de 1996; “La commedia dell’arte” – septiembre de 1996 y “El arte entre utopía y anticipación” – febrero de 1996) el propio Baudrillard justifica sus posturas y concreta sus teorías. Analiza ciertos puntos clave de la evolución del arte en la modernidad y los toma como puntos de inflexión: el potenciamiento del objeto en Warhol, el giro dramático de los *ready-mades* de Duchamp..., a partir de ahí, la banalidad se volvió estética y la estética se convirtió en banal y fetichista. El arte “reemplazó a la vida bajo esa forma de estética generalizada que termina por dar al mundo una ‘disneyzación’: ¡el mundo es reemplazado por una especie de Disney capaz de comprarlo todo para transformarlo en Disneylandia!” (p. 116).

La peculiar visión de Jean Baudrillard está presente en cada página de esta breve obra recopilatoria. Por ello mismo, se convierte en un libro muy recomendable para todos aquellos interesados en el propio autor o en la posmodernidad en general. Con este recorrido por la cultura visual, la estética y el arte contemporáneos, se nos da la posibilidad de comprender el posicionamiento de uno de los teóricos más influyentes en la materia de los últimos años.

“Por el momento estamos dentro de ese casco, de esa combinación digital de la realidad virtual; esperamos que pueda haber otra cosa y que incluso esa virtualidad llegue a ser virtual, es decir, que no debamos vérnoslas sólo con ella. Pero en este momento está efectivamente en camino de anexarse todas las posibilidades, y también en el arte” (p. 125).